

SEIS OLAS Y MEDIA



“Navegando en la noche”, Pilar de París

SEIS OLAS Y MEDIA

(Obra en un acto; 30-12-2014)

Nota del autor

“Seis olas y media” es una parábola, una imagen plástica de la existencia: una ola “suspendida en el tiempo... con o sin dioses”. Es una historia policiaca, al estilo de otras como la fantástica “La ratonera” de Agatha Christie o “La sogá” de Hitchcock, en quienes se inspira. Pero sobre todo es un canto a la esperanza, porque, como afirma uno de sus personajes, “mientras reste media ola... creeré en la esperanza”.

“Seis olas y media” habla de muchas cosas: de la historia oficial y de la olvidada, de cierta idea de perfección y del peligro del fascismo, de la simple materialidad y de la dictadura de “los hechos”... De la pretensión, en fin, de crear un mundo sin dudas, sin fe, sin referencias éticas... ni “medias olas”.

Pero un mundo así, que huye de la pluralidad, que encumbra a la ciencia (mal entendida) como único saber, que desprecia los mitos, la sabiduría popular, la filosofía o las religiones... un mundo así está abocado a la “séptima ola”: a justificar los medios en aras de fines particulares y egoístas, a sacrificar vidas ajenas en el “templo de los fuertes”, a encubrir la incompetencia de algunos para vivir en comunidad... Un mundo así, como digo, es un mundo inhabitable, lleno de miedo y desconfianza (como la era nuclear); un mundo falto de ética donde sobreviven los cobardes con apariencia de víctimas o de héroes, y donde, por la puerta trasera, emigran la vida y la libertad.

Sin embargo, queda esperanza. La esperanza de desenmascarar, con Dios o como se quiera, la vileza de algunos. Y esa

esperanza es la que hace fuertes a los personajes con principios, la que los lleva a buscar la verdad por debajo del engaño o la opresión del “pensamiento único”, de la “versión oficial”.

El caso no está archivado, ni mucho menos; queda mucho por contar...

“Si asumes que no existe esperanza, entonces garantizas que no habrá esperanza. Si asumes que existe un instinto hacia la libertad, entonces existen oportunidades de cambiar las cosas”. (Noam Chomsky)

“Basta con un léxico para conocer todas las palabras, pero el pensamiento necesita el infinito”. (Alexander Pushkin)

9 PERSONAJES:

ELIZABETH, RON, CLOE, MS. LAWRENCE, MR. STRAUSS, ROBERT, MARC, MR. THOMSON, MS. RAWLS.

Estamos en el despacho de una comisaría, años 50, en algún lugar al norte de la Gran Bretaña. Mobiliario clásico: una mesa de oficina con papeles y un teléfono, dos sillas junto a la mesa y apostadas frente a frente, una percha, un archivador... Todo escorado hacia la parte izquierda de escena, muy cerca de la caída de las tablas. El resto del escenario permanece a oscuras; se describirá con posteridad. Una joven de unos 27 años, Elizabeth, aguarda la llegada de su interlocutor. Está sentada, acaba de llegar; ni siquiera se ha quitado el abrigo. Así unos instantes hasta que aparece por detrás el tipo al que esperaba: el comisario Ron. Es un hombre de edad madura, no más de 60, con atuendo sobrio aunque digno. Saluda a la chica de un modo frío, oficial, no obstante educado.

RON:

Señorita, ¿está cómoda? ¿La han tratado bien? (ella asiente con la cabeza) Correcto. Mi nombre es Ron, comisario Ron. Présteme su abrigo, charlaremos un rato. (se desprende de él y el comisario lo recoge para colgarlo en la percha)

ELIZABETH:

(protesta tímidamente) Todavía desconozco las razones de mi arresto...

RON:

(sin perder el tono indiferente) No se trata de un arresto, es pura precaución. ¿Se llama...?

ELIZABETH:

(obviando la pregunta) ¿Precaución? ¡Hay otras islas, otros acantilados! ¿Qué los diferencia del suyo?

RON:

(cortante) No está aquí para cuestionar las leyes, sino para rendir cuentas por su incumplimiento.

ELIZABETH:

Acaba de decir que no estoy arrestada. En cambio, tengo la sensación de que me somete a un interrogatorio.

RON:

(afloja) No es un interrogatorio, sólo una charla... ¿Su nombre, por favor?

ELIZABETH:

Elizabeth, Elizabeth Mollman. (el comisario anota)

RON:

¿A qué ha venido a nuestra isla?

ELIZABETH:

Turismo. Los temporales de Ornyst son famosos en esta época del año.

RON:

¿Estudia física?

ELIZABETH:

Me interesan los fenómenos naturales.

RON:

Ya.

ELIZABETH:

También las consecuencias que provocan en el alma humana: esa atmósfera mágica, casi mítica... desde el comienzo de los tiempos.

RON:

(entendiendo) Comprendo. Sin embargo, ha de saber que el atractivo de esta isla hace tiempo que cesó... por lo menos en lo referente a prodigios y supuestas leyendas. Si ha leído alguna guía turística, estará al tanto de que ese acantilado que desea visitar y al que mis hombres le impiden acercarse, contiene una historia mucho más real: una historia relacionada con ciertos ingenuos que creían en tales cuentos para niños... La realidad los obsequió con una tragedia.

ELIZABETH:

En efecto, conozco el mito de las “seis olas y media”. También su funesto desenlace.

RON:

Y he de suponer que venía a comprobarlo. (la mira con actitud paternalista) Váyase, señorita Elizabeth. Mejor dicho, recorra el resto de nuestra isla si le apetece, será bien acogida. Pero no se empeñe en ese acantilado, hágame el favor: ¡esas rocas parecen malditas!

ELIZABETH:

Permítame indicarle que su definición sólo agranda mi curiosidad. ¿”Malditas”? Entiendo que quiera protegerme, pero si recurre a un lenguaje sagrado... mi interés se acrecienta.

RON:

(autoritario) Alguien encontró la muerte en esas rocas hace treinta años. Alguien que, con otras seis personas, buscaba la

verdad en una ficción. ¿El mito de las “seis olas y media”? Lo único seguro es que esa zona resulta inestable. Sus rocas se desprenden con facilidad sometidas a la furia de las olas...

ELIZABETH:

O a las pasiones humanas.

RON:

¡Fábulas medievales! Me cuesta creer que gente tan erudita como aquella, incluso como usted, pudiera reunirse en la vieja casona de “El Quebrado” para comprobar semejante patraña. (despectivo) ¿Seis olas y media? Ahora sabemos cómo acaba la séptima: ¡sangre sobre las rocas!

ELIZABETH:

(provocativa) Como en la antigua leyenda.

RON:

(irritable) ¡No tengo tiempo para investigaciones banales! Si usted se empeña en relacionar la historia de aquella reina picta, la reina Selkie, y la que sucedió hace tres décadas, adelante, no se lo impediré. Por mi parte, cumplo y hago cumplir la ley, eso es todo. (pausa; se levanta) En la vida abundan las casualidades, no todo resulta explicable... y menos desde un punto de vista místico-infantil. Si algo sé de aquel hecho truculento es que se debió a un accidente, o a celos, o a quién sabe qué. Y mientras el ser humano crea en quimeras, seguirán ocurriendo tales desgracias.

ELIZABETH:

Bien, ahora veo el origen de su precaución: en el fondo, teme que se repita.

RON:

¡Por supuesto!, ya le he dicho que el terreno es inestable.

ELIZABETH:

Y maldito.

RON:

(molesto y tirando la toalla) Expréselo como le plazca.

ELIZABETH:

En mi opinión, la raza humana no se conforma con reproducir sus mitos, sino que los adapta a cada época, a sus propias circunstancias; digamos que los recrea... los recrea una y otra vez.

RON:

¿Qué quiere que le diga?, mi trabajo se centra en asuntos más acuciantes. (serio) ¡Aléjese de este lugar, es lo único que le exijo! Puesto que es forastera, presumo que no conocía nuestra ley; por tanto, puede marcharse... Aunque la próxima vez no seré tan comprensivo. (él ha dado por zanjada la charla, vuelve a sentarse y finge trabajar en otras cuestiones; ella no se mueve) ¿Qué ocurre, es que no me ha escuchado?

ELIZABETH:

No.

RON:

¿Cómo?

ELIZABETH:

Verá, le contaré la verdad. En realidad soy periodista; estoy escribiendo un artículo y necesito saber lo que ocurrió.

RON:

No me va a convencer.

ELIZABETH:

Me ha mostrado que es un hombre tajante, que su única fe es la de los hechos. Por mi parte, no creo en las leyendas más de

lo preciso. Tengo entendido que su predecesor cerró la investigación por falta de pruebas.

RON:

Y así es, el caso está archivado.

ELIZABETH:

Si me cuenta lo sucedido, me marcharé conforme, sin más indagaciones.

RON:

Le digo que está cerrado.

ELIZABETH:

¡Deseo los hechos, los hechos desnudos!, al margen de interpretaciones.

RON:

(más interesado) ¿Los hechos sin más?

ELIZABETH:

Lo mencionaré en mi artículo... (el comisario niega con una sonrisa)

RON:

Por ahí no me tienta, señorita. (respira hondo, se levanta y ojea algunos papeles sobre la mesa) Mire, le hablaré del informe, (vuelve a sentarse y la mira a los ojos) de la narración oficial que se gestó... atando los testimonios de cada uno. (recalca) ¡Sólo los hechos! (apagón de esa parte de escena; un biombo la cubre mientras se va iluminando el resto del tablado. Mientras, comienza en “off” la voz del comisario) Esa señora se interesó por la antigua casona, venía del sur. En unos años logró revivir una vieja leyenda, la del fiero vikingo Keldan y su amor hacia

Selkie, la reina picta; desde entonces no faltaban visitantes cada otoño, al fin de la estación, curiosos por el increíble fenómeno de las “seis olas y media”. Cada 21 de diciembre se reunían en la posada de “El Quebrado”, ahora abandonada. La mujer se llamaba Cloe, Miss Cloe...

Estética “años 20”. Un amplio salón común que sirve de recibidor y a la vez de distribuidor para las otras partes de la casa. El mobiliario consistirá en un sofá y varios sillones en primer término y en posición de media luna, frente al público; una mesita con prensa y revistas en el espacio intermedio; una chimenea encendida en la pared del fondo, entre dos ventanas pequeñas; sobre ella, un estante con una radio de aquella época, también un calendario de planchas en que se lee “21 Dec. 1924”; un perchero a la derecha, donde se supone la entrada desde fuera; a la izquierda un armario con botellas de wiski, coñac..., así como varias copas; por allí, entre el armario y el biombo recién colocado, se imagina la salida a las habitaciones y a una hipotética terraza con vistas al acantilado: es a ese espacio donde los personajes se acercarán cuando escuchen las olas del mar o hablen de la leyenda picta. No faltan cuadros y alfombras; el aspecto general, a pesar del viento que se presume fuera, es de una atmósfera cálida y acogedora.

Suena música: jazz o charleston, lo propio de entonces. Miss Cloe, una mujer de unos 56 años, limpia la estancia con un plumero. Se detiene frente a la chimenea y atiza el fuego con unas pinzas; ajusta el chal que cubre sus hombros. Golpes en la puerta de entrada.

CLOE:

Ah, aquí llega el primero. (apaga la radio y acude al reclamo) ¡Mr. Strauss, es usted! Llega temprano. (entra un hombre de más de 50, ataviado con un abrigo de invierno; también una pequeña maleta) ¡Pase y caliéntese! (el hombre se desenfunda y

deja ver un traje elegante, con chaleco y americana) ¿Qué tal el viaje?

MR. STRAUSS:

(con leve acento germano) Agitado. Apacible para un viejo soldado de la marina.

CLOE:

Sin duda. Aunque conviene no mencionar su pasado a las órdenes del Kaiser.

MR. STRAUSS:

¿Por qué? (se aproxima al fogón para entrar en calor) Hace varios años en que perdimos la Gran Guerra. Fue lo que fue.

CLOE:

Aun así. El resto de huéspedes pelearon como enemigos, ignoro si su compañía...

MR. STRAUSS:

Triste guerra en la que los vencedores conservan resentimiento... Mientras el resto del mundo parece vivir una década dorada, mi país no levanta cabeza. Sin embargo, Miss Cloe, no estoy aquí como alemán, sino como científico. Las matemáticas y la física se alzan como mi idioma, el único lenguaje universal.

CLOE:

En ese caso, disfrutará de sus acompañantes. Se trata de personas cultas...

MR. STRAUSS:

Aunque atraídas por esta estupidez.

CLOE:

Yo no lo llamaría así...

MR. STRAUSS:

Con todos mis respetos, Miss Cloe, usted vive de esta mentira; resulta lógico que la ampare. Por mi parte, estoy aquí para desenmascarar la absurdez de semejante historia. ¿Seis olas y media? ¡La naturaleza nos precede y posee sus leyes, no obedece a las ilógicas sugerencias de nuestro espíritu!

CLOE:

En estas tierras solemos pensar conforme a los dictados de la naturaleza.

MR. STRAUSS:

En estas tierras acostumbran a pensar sin entender. (la mujer ha quedado contrariada) No se ofenda, señora; crecí entre leyendas sobre mi nación. Son ellas las que nos llevaron a un orgullo mal entendido, ¡a una guerra! Concedo que el ser humano necesita algo en qué creer, pero ¿por qué no confiar únicamente en los hechos? ¡Los únicos con peso real!

CLOE:

(se defiende con una sonrisa) No voy a discutir con usted sobre filosofía, seguro que me gana.

MR. STRAUSS:

Tiene razón; he sido un grosero y le pido sinceras disculpas.

CLOE:

No tema. Estoy convencida de que esta noche habré de asistir a discusiones como ésta. Lo cierto es que, leyenda o no, usted se halla aquí; procuraré que su estancia resulte de lo más confortable.

MR. STRAUSS:

Gracias, Miss Cloe.

CLOE:

Lo conduciré a su aposento. Después, y hasta la cena, podrá esperar al resto en este salón. (lo acompaña hasta detrás del biombo, por la izquierda. Un momento de silencio y suena de nuevo la puerta. Al cabo de un instante, suena otra vez. Aparece Cloe, corriendo desde el lado opuesto. Recibe a otro huésped) ¡Bienvenida, Miss Lawrence! (lo mismo, embozada con un elegante abrigo y con una maleta, de unos 43 años) Será una velada ideal para nuestro propósito...

MS. LAWRENCE:

(tras desembarazarse de su tabardo, con ayuda de la anfitriona) Gracias, Ms. Cloe. En efecto, las olas golpean con furia el acantilado...

CLOE:

Lo mismo que aquella noche en que Keldan se arrojó al mar en busca de su amor.

MS. LAWRENCE:

(que se ha aproximado a la chimenea) ¿Siempre es así, cada comienzo de invierno?

CLOE:

En estas costas resulta difícil distinguir cuatro estaciones, como mucho dos. Más de un día sentimos la embestida del océano en nuestro lomo. De todos modos, el clima de hoy es templado, resta mucho frío por delante.

MS. LAWRENCE:

Y sólo en esta fecha, 21 de diciembre, se oye la potencia de los seis mazazos, ¡las seis olas en el rompiente!

CLOE:

Seis olas y media.

MS. LAWRENCE:

¿Cómo?

CLOE:

Y media. Seis olas y media

MS. LAWRENCE:

Ah, sí, por supuesto. Las gentes necesitan creer en algo, no nos resignamos ante un final tan nefasto... para nuestras historias.

CLOE:

(sonríe, algo alagada) Oh, Ms. Lawrence, compruebo que, como buena filóloga, ha hecho los deberes: se ha estudiado la leyenda. (la mujer agradece el cumplido) Sin embargo le ruego que no estropee mi espectáculo; yo misma pienso narrarles el mito apenas se acomoden los últimos invitados.

MS. LAWRENCE:

No tema, Ms. Cloe; aunque provenga de Cambridge, soy una admiradora de la sabiduría popular. (pausa) Y hablando del resto, ¿quiénes son?

CLOE:

Prefiero que se conozcan entre ustedes. Mi misión consiste en crear el clima, facilitar el contraste de sus ideas. No obstante, le prometo una cosa: sea o no sobrenatural, ese fenómeno no los dejará indiferentes. (vuelve a sonar la puerta) Vaya, aquí llega el siguiente. (se dirige a la puerta. Entra un joven tímido, igualmente tapado y sin equipaje) Hola. Si no me equivoco, usted es... (no puede terminar; como un torbellino aparece por detrás del recién llegado: otro joven de la misma edad y porte similar, unos 25. Lleva dos maletas)

ROBERT:

Marc, te dejabas las maletas. (reparando en la dueña) Buenas noches, mi nombre es Robert, estudiante de geología, y él... él

es mi amigo Marc, perteneciente también al gremio... de los “hombres con futuro”. (su tono es jovial, bromista, con cierto tono de ironía) Usted debe ser la señora Cloe, Marc me ha puesto al día. (posa los bultos y se deshace de su abrigo) Lo cierto es que no pensaba venir. ¡Y no lo hubiera hecho de saber que estaba tan lejos! Pero Marc fue tan persuasivo; muy, muy persuasivo... “No es sólo por las leyendas”, me dijo, “ese lugar también posee ciertas peculiaridades geológicas”. Bueno, yo no he distinguido nada. Nada... salvo que se trata de un terreno volcánico. (regresa a su desbordante personalidad) En realidad mi colega es muy tímido, ¿saben? Tanto que, a pesar del enorme interés que mostraba por el hecho, se había propuesto no venir sin mi compañía. Ah, los filósofos, siempre tan introvertidos...

CLOE:

(interesada y esperando que el recién llegado se expresase) ¿Estudia filosofía?

ROBERT:

En la universidad de Edimburgo. (se arrima al fogón; a Ms. Lawrence) ¿Y usted?

MS. LAWRENCE:

(algo crispada; recela del carácter arrollador del reciente) En Cambridge.

ROBERT:

Pero... no parece una estudiante. (Cloe intenta atajar; no le gustan las insinuaciones sobre la edad entre sus invitados, lo considera de mal gusto)

CLOE:

Mr. Robert, la señorita Lawrence es profesora de filología; viene cansada de su largo viaje. Estaba a punto de mostrarle su habitación. Si nos disculpa... (coge el equipaje de Ms. Lawrence y la invita hacia el lado izquierdo, detrás del biombo) Por aquí.

MS. LAWRENCE:

(asintiendo) Con gusto. (mutis de ambas. Solos Robert y Marc; el primero disfruta del fuego, el segundo ha colgado su gabán y se dirige a su lado)

MARC:

La has ofendido.

ROBERT:

¿Qué dices?

MARC:

Lo que siempre te aviso. Tu carácter norteño no siempre resulta... adecuado.

ROBERT:

¡Estamos en el norte!

MARC:

Esa mujer es de Cambridge. No sabes cómo comportarte con las damas del sur.

ROBERT:

(en guardia) ¡No me gusta tu insinuación! Lo que pasó entre Ms. Rawls y yo...

MARC:

No te culpo. La naturaleza sigue su curso. Lo que sucedió entre ella y tú no resultaba... conveniente.

ROBERT:

Para ser de pocas palabras, conmigo te despachas a gusto. ¿Por qué no era... apropiado?